

La fe en Jesucristo es el centro y base de la salvación. Sin ella es imposible agradar a Dios (Heb. 11:6). El que acepte ser salvo, necesita creer que Jesucristo es el Hijo de Dios, aceptando con ello la implicación, de que si Hijo, también Dios, por cuanto Hijo de Dios. No podemos creer en Jesús a medias, como nosotros querramos creer, sino como dice la Escritura acerca de él. Pero esta fe ha de ser activa, demostrando nuestro deseo de arrepentimiento y regeneración a partir del bautismo por la fe en Jesucristo. El apóstol **Pedro**, el día de Pentecostés, **exhortó a la multitud a arrepentirse y bautizarse para el perdón de pecados. Esto concuerda con el mandato de Jesús** antes de ascender al cielo: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere, será condenado”* (Mar. 16:16). Mateo 28:19 afirma: *“Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”*. Uno se hace discípulo bautizándose, luego de oír la invitación del Evangelio. A partir de allí comienza la nueva vida en Cristo y el proceso de enseñanza de todas las cosas que Jesús dijo e hizo. De allí el énfasis que el Nuevo Testamento hace respecto al bautismo, pues éste tiene una profunda significación teológica de fe en el sacrificio de Cristo en su muerte de cruz, sepultura y resurrección. El bautismo es, como dice el Espíritu Santo, la semejanza de la muerte de Cristo (Rom. 6:5), así como de su sepultura y resurrección: *“...porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”* (Rom. 6:4). Al ser sumergidos en el bautismo nos identificamos con Cristo, su muerte, sepultura y resurrección; demostramos al ser bautizados que realmente creemos en Cristo y su sacrificio, y que es poderoso para regenerarnos (Tito 3:5) y salvarnos en tanto nos mantengamos firmes en la fe

(1Cor.10:12). Esta firmeza de fe, es consecuencia de la presencia del Espíritu Santo que se promete al ser bautizado: *“...Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”* (Hch. 2:38).

A partir de allí, se encuentra suficiente evidencia bíblica respecto a la necesidad que el hombre tiene de creer en Cristo, arrepentirse y ser bautizado (Vea también 1Ped.3:21; Col.2:12):

1. Las tres mil personas a quienes Pedro instó a arrepentirse y bautizarse, lo hicieron ese mismo día (Hch. 2:38-41). No hubo necesidad de un largo proceso de adoctrinamiento, pues este viene después del bautismo, dice Jesús en Mt. 28:19,20.
2. Los samaritanos oyeron y fueron bautizados. Evidentemente porque creían y estaban dispuestos a arrepentirse (Hch. 8:12)
3. El Eunuco, que iba de camino a Etiopía, se le predicó el evangelio, y una vez hubo entendido y encontrado un sitio donde había agua, pidió ser bautizado. Felipe no le dijo que debía primero recibir un curso de doctrina de tres meses. Felipe le dijo que si creía, bien podía, y así lo hizo. Se hizo bautizar de inmediato (Hch. 8:26-39).
4. Cornelio, el Centurión romano, una vez que hubo escuchado el evangelio por labios de Pedro, fue bautizado. Todo indica que fue el mismo día (Hch. 10:1-48).
5. En el caso de Lidia la vendedora de púrpura, la narrativa indica que todo ocurrió en el momento en que Pablo predicaba a las mujeres junto al río. Lidia, *“estaba oyendo”*. *“El Señor le abrió el corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía, y cuando fue bautizada...”* (Hch. 16:11-15). Su bautismo ocurrió en ese mismo momento. Al igual que los otros ejemplos, no precisó de nada más, excepto su fe en Jesús y su anhelo de nacer de nuevo para ser bautizada, Y así lo hizo.